



Fray Junoy o la
agonía de los sonidos
Jaume Cabré

Fray Junoy
o la agonía
de los sonidos

Jaume Cabré

Fray Junoy o la agonía de los sonidos

Jaume
Cabré

Traducción de
Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1381

Título original: *Fra Junoy o l'agonia dels sons*
Año de aparición de la edición original en catalán: 1984

© Jaume Cabré, 2016.

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2016

© de la traducción del catalán, Concha Cardeñoso, 2016.
La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

**LLL institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5145-9
Depósito legal: B. 17.269-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Margarida

Primera parte

Índice

Advertencia preliminar para gobierno y guía del lector	9
Primera parte	11
Segunda parte	57
Tercera parte	113
Libro de las Costumbres	169
Cuarta parte	185
Quinta parte	219
Sexta parte	256
Séptima parte	305

I

Despacho pulcro, amplio y ordenado. Plantas tropicales, vidrieras de colores y madera noble barnizada de oscuro. Los sillones, de piel parduzca, y el obispo de negro, con fajín y solideo violeta. Las frías palabras de monseñor Carducci —también de negro y violeta, en el otro sillón— le sentaron muy mal. Y la risita aguda con la que apuraba a sorbitos el culín de la taza lo sulfuraba. Monseñor Maurici, obispo de Feixes, se levantó de pronto, con revuelo de manteo y dignidad, y se plantó frente al forastero que fingía no darse cuenta de su reacción.

Era un tira y afloja que los dos conocían muy bien. El italiano, como representante del nuncio, tenía que apretar al obispo: rapidez, rigor, limpieza, ejemplaridad. Y monseñor Maurici, que lo último que quería era alboroto en la diócesis, hacía lo posible por mantener alejado al Vaticano del funesto asunto que salpicaba a un monasterio, a una orden y, si se despistaba, al obispado y a la carrera del señor obispo. Con una rapidez ejemplar monseñor Carducci había conseguido que se inhibiera el tribunal de la orden en favor de un tribunal diocesano: quería

meter más las narices, cosa que perjudicaba la buena digestión del señor obispo, que acariciaba la idea de quedar al margen de todo aquello. Ahora, sin el doctor Canyameres a su lado, monseñor Maurici no quería entrar en materia técnica.

La discusión duró hasta que la llamada providencial del padre Rubinats le proporcionó una buena excusa para abandonar la conversación y al invitado. El secretario, eficiente y silencioso, tan delgado que de no ser por la gastada sotana se le vería el alma al trasluz, le preguntó desde la puerta si sabía la hora que era. Monseñor Maurici sonrió al italiano, musitó un hipócrita «razones de estado, monseñor», le recordó más o menos que la cena era a las nueve y salió del despacho sin despedirse. Bajó por las escaleras centrales —gótico del xix— en dirección a la capilla —barroco obstinado—, seguido por el padre Rubinats, el cual, papeles en mano y cabeza inclinada hacia delante, le recordó:

—Las Damas de la Conferencia, monseñor.

—Dolor de cabeza, padre. Lo entenderán. Que vuelvan mañana: arréglole con buenas palabras. —De pronto se paró y su ayudante casi tropieza con él—. Por favor, que venga inmediatamente el doctor Canyameres.

—El padre Canyameres está de retiro espiritual en...

El obispo Maurici contuvo una maldición a tiempo, reanudó el descenso y decidió:

—Motivos graves, padre. Lo quiero aquí esta misma noche. Lo esperaré despierto hasta que llegue, a la hora que sea. A la hora que sea, ¿entendido?

El padre Rubinats nunca se habría imaginado que lo que de momento eran habladurías dispersas entre el personal iniciado del obispado fuera un lío tan grande que pusiera al obispo al borde de la histeria. Se encogió de hombros y se separó del prelado, que bajó las escaleras a toda prisa, el manteo volando detrás de él, hasta que desapareció en dirección a la puerta lateral de la capilla.

El olor lejano a incienso y cera reconfortó a monseñor Maurici, el obispo número doscientos de la ilustre sede episcopal de Feixes. Pero tenía una desazón íntima que no podían borrar ni él ni el incienso pegado a los relieves dorados: alimentaba en el fondo del alma la esperanza de que el Santo Padre pensara en él, en la eficiencia con que gobernaba la diócesis, cuando se decidiera a promover —hacía meses que corría la voz— sangre nueva al cardenalato. Incluso en la visita *ad limina*, ciertas insinuaciones de Su Santidad le habían dado pie a creer que él, sí, tal vez él, quién sabe si.

Y ahora que lo estaba bordando se le presenta el asunto más feo y mezquino con el que podía tropezar un obispo con futuro. Y, por si fuera poco, el inexplicable espagueti ese que se empecinaba en buscarle las vueltas legales con la amenaza velada de airear trapos sucios fuera de los límites del obispado. El asunto, estaba claro, no se le podía escapar de las manos. Y el Vaticano, el nuncio y su enviado, cuanto más lejos mejor.

A la hora de la cena, silencioso y malhumorado, tuvo que pedir otro vaso porque se equivocó al contar las gotas del medicamento para la tensión, y sor

Maria comentó con la cocinera que tenía que decirle al padre Rubinats que a monseñor le pasaba algo, fíjate, si no ha comido nada, Angelina.

Por fuera, el Palacio Episcopal de Feixes es un edificio normal, con balcones monótonos, encajonado en unas callejuelas que le roban perspectiva. Tal vez por eso se vuelca por completo sobre el patio interior, como si fuera el punto neurálgico de la diócesis. Lo cierto es que en el patio sólo entraban los caballos. El colorido ventanal del despacho del señor obispo, en la planta noble, daba al patio. Monseñor había observado —se lo había indicado su secretario en un insólito momento de euforia comunicativa— que cuando llovía era bonito oír, inmerso en el olor a madera buena del despacho, el restallar furioso del aguacero contra la dura piedra.

Al doctor Canyameres lo enojó mucho la inopinada interrupción de su retiro espiritual. Incluso se presentó ante monseñor con cara de enfadado para disimular la curiosidad. Pero a los pocos minutos de hablar con él comprendió que la interrupción, la suspensión o lo que fuera valía la pena: el obispo Maurici no podía hacer nada sin él. Era la primera vez en cuatro años, cinco meses y trece días —el tiempo que hacía que, contra todo pronóstico, no lo habían nombrado obispo a él— que el obispo Maurici reconocía que su prestigio como canonista no era gratuito.

Monseñor Maurici necesitaba orientación, posibilidades, perspectivas. El doctor Canyameres pidió información para poder atar cabos y el obispo meneó

la cabeza con tristeza: no podían atar nada porque la poca información que tenían era insegura y poco clara. Aparte de la denuncia.

El doctor Canyameres sintió una alegría profunda cuando llegó el momento de tener que dar instrucciones, casi órdenes, a su superior. Éste lamentó no tener a su lado al padre Rubinats, que lo apuntaría todo sin perder detalle. El doctor Canyameres se remontó gloriosamente a las posibilidades jurídicas del caso; el obispo no lo entendió y, lógicamente, los dos quedaron muy satisfechos. El doctor Canyameres se las prometía muy felices montando un juicio de filigrana.

La conversación a media voz y a la media luz de un discreto quinqué fue, durante una hora larga, el único ser vivo de aquel edificio encajonado entre las calles más húmedas de la noble ciudad de Feixes.

Monseñor Maurici, ducentésimo titular de la sede diocesana de Feixes y vigesimosegundo desde la restauración, cuando la entrada de los franceses, durmió mal, a saltos. Le preocupaba la presencia del italiano de la nunciatura. Tenía acidez de estómago porque las dificultades grandes vienen cuando menos falta hacen. Y la culpa de todo la tenía ese fraile rebelde e inoportuno que había alborotado el gallinero con manifestaciones y actuaciones indignas del cargo que ostentaba en un monasterio de penitentes. Y, a pesar de su interés por acallar el asunto, los encargados de detectar comentarios ya habían detectado algunos entre los amados parroquianos de Feixes.

Monseñor Maurici se removía inquieto en la gran cama, cuya cabecera reproducía el escudo episcopal en filigrana de madera: cruz, báculo y campana sobre fondo dorado. Monseñor estaba indignado porque los disparates de un irresponsable como ese fraile tozudo podían desbaratar legítimos esfuerzos personales por consolidar una posición. Monseñor lo odiaba con toda su alma, aunque todavía no lo conocía, como odiaba todo lo que le quitara el suelo de debajo de los pies. Era hijo de una familia humilde de la Plana que lo había facturado al seminario de Vic, donde conoció al insoportable mosén Cinto, brillante compañero de conversación, demasiado brillante, siempre tenía él la razón, Cinto siempre la tenía. Pero todavía no había llegado el momento de gloria del a la sazón oscuro seminarista. Era el momento de entregarse a los libros con obstinación, de saberse de corrido el Código de Derecho Canónico —ahora que era obispo ya no le hacía falta y lo había olvidado— y de estudiar a fondo la historia eclesiástica, soñar con los grandes personajes que en ella había descubierto y desear en secreto un fin muy específico: el cardenalato. Y quién sabe. Así pues, su momento triunfal aún no había llegado. Cuando salió del seminario se asombró al ver lo mucho que se entretenía la gente con los poemillas de mosén Cinto, y se encogió de hombros con indiferencia. Lo nombraron vicario de varios pueblos de la Plana, donde perdía el tiempo dolorosamente. Pero no se arredró.

Llevaba cinco años arrastrando el rosario de la tarde y ungiendo enfermos que, según los señores párrocos, vivían demasiado lejos, cuando compren-

dió que, si no lo remediaba, a los cincuenta sería párroco de un pueblecito aburrido y mísero. Y empezó a moverse. De resultas de una serie de visitas, el rector del seminario se acordó de las dotes de organización de aquel joven y lo reclamó como prefecto de estudios. Después de tres cursos densos en los que conoció a gente importante —un seminario, además de caja de resonancia, es un lugar de paso— lo mandaron al obispado en calidad de secretario personal de monseñor. Allí aprendió un poco de la ciencia que sirve para la vida. Ante las envidias cotidianas comprendió que el sueño de ser papa era un delirio infantil. Pero estaba convencido de que podía servir a la Iglesia si alguien aprovechaba sus cualidades, que se resumían principalmente en tener olfato suficiente para arrimarse al mejor árbol en cada momento. Dos años en Roma, tres en el obispado de Solsona, de nuevo cerca del obispo, y una amistad muy trabajada a distancia con el arzobispo de Tarragona, al que regaló un ejemplar de *La Atlántida* firmado y dedicado sumisamente por mosén Cinto poco antes de morir en su triste aislamiento, consiguieron que su nombre sonara donde tenía que sonar y, cuando monseñor Gregorio de la Cava y de la Heras murió de un inesperado ataque de pleuresía, él encabezaba la lista de candidatos propuestos para la silla episcopal —cruz, báculo y campana azules sobre fondo dorado— de la diócesis de Feixes.

Para celebrar el nombramiento se acordó de sus familiares y los invitó —cohibidos, congestionados, impresionados— a una comida íntima en Palacio. Y desde entonces pensaba en lo que podía hacer. Era

un obispo joven, la diócesis era pequeña y la monotonía estaba asegurada. Dio impulso a las visitas pastorales y se hizo popular entre el clero sencillo. Los de Palacio, el clero complicado, lo miraban con suspicacia, sin perdonarle del todo, porque «de fuera vendrá quien de casa nos echará». Pero aparentemente a monseñor Maurici no lo conturbaba, porque tenía los ojos puestos en Roma. Aparentemente. Porque las conversaciones furtivas de Palacio, las miradas de soslayo y los carraspeos involuntarios le habían producido acidez de estómago, problemas de tensión y noches delicadas. Con todo, él ofrecía esa cruz al Señor.

Y monseñor Maurici, el obispo más joven de cuantos habían regentado la diócesis de Feixes, se dormía a las tres y media y tenía sueños pesados en los que veía una figura borrosa y desconocida, vestida con hábito de franciscano, que se reía con voz de muerto, y al italiano metomentodo, que lo miraba sonriendo desde un rincón, con la taza cerca de la boca y el platillo en la otra mano. Monseñor tendría ojeras al día siguiente.

Un poco desorientado, contemplaba el empedrado en el centro mismo del patio episcopal. Le intrigaba el insólito requerimiento. Se dirigió a la puerta de acceso a las dependencias episcopales y le sorprendió no encontrarse con nadie. No podía quitarse de encima cierta zozobra que se le había pegado en la boca misma del estómago al saber que monseñor reclamaba su presencia. En la puerta del obispo se encon-

tró con el siniestro secretario y le dio un escalofrío. El padre Rubinats le hizo entrar sin dilación y lo anunció brevemente, como si estuvieran esperándolo sólo a él. En semejantes condiciones, no se le pasó el escalofrío.

Cuando el padre Modest de Puigcerdà, superior del convento de Sant Aniol de Feixes, entró en el despacho episcopal, vio al obispo en el mismo centro con un fondo de plantas tropicales y la vidriera de colores. Tuvo la sensación de que el prelado lo mordía con la mirada. Monseñor contradijo la mirada con una voz suave y paternal:

—Buenos días, padre Modest. —Y lo invitó a sentarse.

Mientras se acomodaban en el sofá de piel, monseñor Maurici luchaba por tranquilizarse y buscaba el tono más adecuado para entrar en materia. Temía a ese fraile de cabellera escasa y blanca que, decían, todavía no había digerido su nombramiento y que gozaba de prestigio como confesor por sus modales suaves y un tono de voz mesurado que hacía olvidar un cuerpo demasiado relleno, tirando a redondo. Una persona con mucha trastienda. Monseñor sabía que esta clase de gente era la más peligrosa, porque te la endilgaban en cuanto bajabas la guardia.

—Monseñor dirá el motivo... —logró articular el padre Modest, angustiado por el minuto largo de silencio que observaba Su Ilustrísima y también porque no le había evitado el beso ritual del anillo que, según decían, olvidaba con los íntimos. Y lo trataba de usted.

El obispo Maurici, semiconsciente de que el silen-

cio ablandaba al fraile, dejó pasar un rato más antes de explicarle con pelos y señales todo el lío de la Ràpita. Y no se dejó en el tintero ningún detalle, por escandaloso que fuera. A medida que lo escuchaba, el padre Modest se iba hundiendo en el sofá, avergonzado, indignado, desconcertado, furioso, acobardado.

—¿Y cómo no he... —se atrevió a decir— sabido nada hasta ahora?

—¿No sabía nada?

El fraile dijo que no. Esa falta de información era humillante. Aunque sería peor que Su Ilustrísima creyera que se lo echaba todo a la espalda. Intentó enmendar la situación:

—Monseñor: siempre he estado en contacto permanente con fray Junoy, por correspondencia. —El padre Modest vaciló—: Lo cierto es que se limitaba a informarme de que todo iba bien.

—Pues, si se descuida...

Monseñor Maurici levantó un brazo por encima del sofá y acarició una hoja grande y brillante del ficus que se inclinaba eternamente hacia los presentes. El ruido del roce era desagradable a los oídos del fraile.

—Sí, monseñor. Es que... Había dejado de escribir últimamente.

—Y supongo que usted le contestaba.

—Sí, claro. Pero nunca me dijo nada de ninguna clase de duda... —El padre Modest echó un vistazo a la estancia, como para hacerse una idea del espacioso despacho episcopal.

—Estamos solos, padre Modest, no se preocupe. Puede hablar con franqueza.

—Es que no sé qué decir —tartamudeó—. Estoy como... —De pronto cobró un tono seguro y decidido—: Ahora mismo lo llamo para que venga a casa, que se explique y, si es necesario...

—Ni lo sueñe —lo cortó monseñor Maurici, satisfecho de tener a fray Modest a su merced—. En estos momentos fray Junoy es el acusado de un proceso que inicia el obispado por una cuestión que es competencia del gobierno de la diócesis.

—¡Pero monseñor! —exclamó asustado el padre Modest—, la orden tiene el privilegio... —intentó revestirlo— el riguroso y difícil privilegio de pedir cuentas...

—La orden no tiene ningún privilegio en este caso. El monasterio de la Ràpita depende directamente del obispado, y los delitos que en él se cometen son competencia de nuestra, de mi jurisdicción.

—Monseñor..., no creo que...

Pero el padre Modest en realidad ignoraba si creía o no creía que, porque, desde luego, no era experto en asuntos jurídicos. La voz del obispo le pesaba como el plomo:

—Es así y no hay más que hablar. En todo caso —concedió—, extremaremos la discreción. Por cierto —prosiguió sin más ni más—, tengo que hacerle muchas preguntas, padre Modest.

Y el superior del convento de Sant Aniol de Feixes tuvo que soportar un primer grado de humillación, porque estaba claro que a ese fraile lo habían mandado a la Ràpita sin encomendarlo a Dios ni al Diablo. Hacía cuatro años que oficiaba en la Ràpita, cuando el límite aconsejable era de dos, tres a lo

sumo. Al padre Modest le faltaban argumentos para justificar el no haber reclamado al fraile cuando correspondía. Intentó devolver la pelota al obispado, que era el que proveía, pero monseñor lo tenía agarrado por el alma:

—¿Por qué no avisó al obispado —le dijo— cuando se cumplieron los tres años?

Y el pobre padre Modest tuvo que explicar a trancas y barrancas que le había parecido que las cosas estaban bien, que más valía no menearlas, porque fray Junoy, ¿sabe Su Ilustrísima?, era..., cómo diría yo, un buen hombre, si bien había tenido algunas dificultades en el convento.

—¿Cuáles?

Tuvo que contarle toda la historia a su manera, es decir, monseñor ha de saber, que fray Junoy ha vivido doce años en nuestro convento de Sant Aniol, que es vuestra casa, dedicado a su ministerio. Pero me daba preocupaciones paternas, monseñor, porque veía que se obsesionaba con lo que tenía entre manos, por ejemplo, la música.

El padre Modest se pasó una mano por el escaso pelo blanco y prosiguió:

—Era el organista y todas las horas que le dejaba libres la tarea litúrgica se las pasaba pegado al órgano, tocando sin parar o leyendo y, al parecer, estudiando partituras, incluso música profana; hasta dicen que componía. Algunos lo consideran un hombre muy inspirado, otros no. Yo no lo sé, monseñor, porque no he tenido tiempo de oírlo bien. Lo dejaba en paz, monseñor, porque lo veía feliz. Hasta que un día pensé que algunos frailes no son pobres,

aunque vivan como los demás, porque tienen una riqueza que es sólo para ellos, ¿me entiende Su Ilustrísima? Por muchas angustias que pasáramos, él, allí arriba, en el órgano, se transformaba, por así decir, y eso me parecía injusto porque muchos hermanos en religión no tenían ese consuelo y, a fin de cuentas, es un entretenimiento y un consuelo mundano, porque en música no todo es alabar a Dios. —Su Ilustrísima hizo un leve ademán de impaciencia que el fraile captó perfectamente. Al padre Modest le sudaban las manos—. Después de darle muchas vueltas decidí ponerlo a prueba, a ver qué era más importante para él, si la religión o la música, y lo llamé a consultas.

—¿Qué desea, padre? —siempre con la mirada perdida, como si viera intenciones ocultas más allá de la pregunta.

—A partir de hoy, hijo mío, deja el órgano, y las horas que dedicas a ensayar dedícalas al confesionario.

Fray Junoy lo miró a los ojos sin comprender nada y se puso pálido.

—Sí, padre.

Pero yo vi que le sentaba muy mal, monseñor, y esperé un poco para ver cómo reaccionaba y, efectivamente, con un hilo de voz, porque la voz también se le puso pálida, preguntó ansiosamente:

—¿Hasta cuándo, padre? ¿Por qué, padre?

Y le dije que hasta que yo te lo diga, hijo mío, monseñor, porque quería ponerlo a prueba.

Y fray Junoy pasó en abstinencia musical una semana, y la mirada paternal del superior observó que el fraile andaba inquieto, como si le faltara una parte

de sí mismo. Hasta que lo devolví a su oficio, en parte porque me dolía, y en parte porque no encontré una solución mejor. Pero desde aquel día, monseñor, tuve una cosa clara respecto a fray Junoy.

A tan altas horas de confidencialidad, monseñor Maurici se impacientaba con los circunloquios del fraile. Pero no podía desestimar esa fuente de información. Volvió a acariciar la tersa hoja de ficus.

—¿Qué cosa, padre Modest?

—Que era fraile a medias, monseñor, porque la música lo llenaba en exceso. Poco después el predecesor de Su Ilustrísima nos encomendó buscar entre nosotros un sacerdote para ejercer el ministerio en el monasterio de la Ràpita. Era la primera vez que nos lo pedía, y, monseñor, vi que la mano de Dios disponía las cosas con armonía. Decidí trasladar al monasterio más pobre de la diócesis al fraile más rico de mi convento, monseñor.

El padre Modest se apresuró a añadir que eso no tenía relación con el alboroto de hacía unos días, e insinuó con agilidad que, en todo caso, el obispado tendría que haber reaccionado al concluir los dos años de ministerio en el monasterio. Monseñor hizo como quien oye llover, pero optó por no pedir el café de media mañana.

El obispo Maurici estaba enojado consigo mismo y ocultaba la tensión bajo una capa de frialdad para socavar las expectativas del padre Modest. Estaba enojado por la historia de un fraile al que se había apartado con licencia eclesiástica; por el cinismo del padre Modest, que presentaba un descuido garrafal como el fruto de una política de precisión; por el des-

cuido con que él mismo había tratado la cuestión de las comunidades religiosas de la diócesis, que era espinosa, complicada, sembrada de privilegios, malentendidos y barreras. Estaba furioso porque tenía que aparentar que estaba bien informado, y hacía sólo unas horas que el padre Rubinats se había puesto a recopilar documentación exhaustivamente. Y porque el futuro de un obispo con futuro se veía enredado en una acusación de herejía, de abuso y de escándalo.

Cuando el obispo Maurici pidió finalmente el café, preguntó al padre Rubinats si había averiguado más cosas sobre el monasterio de la Ràpita, y el padre le contestó que depende, monseñor, y, mirando los amarillos y verdes del ventanal, le dijo que tendré que personarme, monseñor. En la Ràpita, monseñor, porque no puedo hacerlo todo desde aquí.